



Desmenuzando unos textos empapados de vida

El pasaje del Evangelio del domingo pasado narra el deseo de Jesús de retirarse a un lugar tranquilo, junto con sus discípulos, para descansar un poco. Este proyecto fracasó, porque al desembarcar al otro lado del mar de Galilea descubrieron que habían sido precedidos por una gran multitud necesitada de su palabra, de ahí que comenzó enseñarles con calma (Mc 6,34).

Saboreando el misterio del dar y compartir

Una enseñanza que da paso a la conveniencia de alimentar a toda aquella multitud que va tras sus huellas, y que se encuentra en un lugar solitario. Toma lo presentado, fruto de la tierra y del trabajo del hombre, lo bendice y lo reparte entre todos los que allí se encuentran. Con gestos humildes y sencillos, como son el enseñar y dar de comer, se nos ofrece una catequesis de lo que es la celebración eucarística.

En este día se nos muestra, de igual modo, en el evangelio proclamado, caminos para que podamos profundizar, sorprendidos y admirados, en el modo gratuito de proceder del Señor para con nosotros, cuya expresión cumbre es la Eucaristía.

De ahí que, más que de multiplicación, tenemos que hablar de compartir y dar. La iniciativa de dar de comer a las multitudes no parte de los discípulos sino directamente de Cristo. Tampoco está motivada por la compasión por las multitudes cansadas o perdidas. El gesto del Señor está empapado de gratuidad. Es una acción, no una reacción. Surge de una mirada hacia una multitud que se encuentra en una gran necesidad.

No es ésta una actitud de moda en una sociedad como la nuestra que, desde hace más de dos siglos, se siente fruto de un "contrato social" regido por la regla -desgraciadamente tan difícil de aplicar correctamente- de perfecta reciprocidad e igualdad de cumplimiento. El Evangelio en este punto es categórico: el bautizado está llamado a dar sin esperar nada imitando, de este modo, la generosidad de Dios tal como se revela en Jesús. Su dar es **preveniente y creativo**: amándonos nos hace dignos de ser amados.



La fe como apertura a la "gratuidad de Dios"

A tanto ternura como se nos regala, solo nos podemos abrir, solo la podemos acoger, haciéndonos disponibles. Esta disponibilidad es precisamente la fe. Según San Pablo, para abrirse a Cristo hay que pasar por la superación de la ley, entendida como símbolo de la propia autosuficiencia y capacidad de auto-salvación. Es este un aspecto del mensaje paulino que, a veces, se ha descuidado y que ha de recuperarse. Pero en nuestros días, el símbolo de la "**ley**" ya no es tan relevante como lo era en la época de San Pablo.

Nuestra pretensión de ser autosuficiente, que excluye la disponibilidad total al don de la fe que salva, es en nuestro hoy un tanto diferente a los tiempos del apóstol: el hombre confía en la eficacia de la técnica, a las pautas de las ciencias, a la promesa que las ideologías. La realidad es que estas pautas referenciales crean vacíos e impotencias y, a la larga, vienen a ser de polvo que no pueden salvar cfr sl 145/144, 3-4.

Ésta proviene del aparente absurdo de una cruz y se nos ofrece como don; nada se puede reclamar porque todo es gracia.

Humildad y gratuidad

Para vivir en esta dinámica necesitamos de la humildad, pero no vivida como una especie de quehacer para quien busca la perfección; es el punto de partida del camino que permite a Dios llegar al hombre, inclinándose hasta su bajeza y llenando su pobreza de bienes (Magnificat) cfr Lc 1, 52-53.

Esto nos lleva a decir, que el culto cristiano no tiene nada que ver con una especie de "impuesto" que se paga a Dios para reconocer su soberanía y propiciar su benevolencia. Es la apertura sobrecogida a un amor, el suyo, que movido por su propia sobreabundancia, se siente movido a dar.

Es el modo que Dios ha pensado y proyectado para la convivencia humana. La "**utopía del Deuteronomio**" se funda en la gratuidad, a cuya realización se comprometió el pueblo de Dios en virtud de la alianza (Dt 15, 17-20) que llega a plenitud en la entrega de Jesús que tendrá lugar en la cruz cfr Jn 19,30.

Gratuidad y perdón

Esta generosidad de Dios resplandece en el perdón que no es, sin embargo, una especie de amnistía legal, de "**fictio iuris**" que finalmente nos dejaría prisioneros de nuestra nada: es una nueva creación, una regeneración que produce un verdadero renacimiento. Perdonados más allá de toda medida, estamos llamados a perdonar, a amar, con un amor que busca ser heroicamente gratuito, a nuestros propios enemigos.





Orando en la escuela de los salmos

Un salmo para rumiar

Salmo 144, 10-11. 15-16. 17-18 (R.: cf. 16)

- 10 **(Yod)** Que todas tus criaturas
te den gracias, Señor, que te bendigan tus fieles.
11 **(Kaf)** Que proclamen la gloria de tu reinado,
que hablen de tus hazañas.
15 **(Ayin)** Los ojos de todos te están aguardando,
tú les das la comida a su tiempo;
16 **(Pe)** abres tú la mano,
y sacias de favores a todo viviente.
17 **(Sade)** El Señor es justo en todos sus caminos,
es bondadoso en todas sus acciones.
18 **(Qof)** Cerca está el Señor de los que lo invocan,
de los que lo invocan sinceramente.

El salmo 144 (145) viene a ser como una especie de transición entre los relacionados con David (138-145) con los conocidos con el nombre de aleluyáticos (146-150). Es una celebración gozosa de alabanza y gratitud al Señor por su manera de obrar.

De bendecirle, por ser Señor del universo, se pasa reconocerle como su rey, siendo sus atributos la compasión y la misericordia.

Las notas de la Biblia resaltan la importancia, en el versículo 1, de la palabra "Alabanza" que en la tradición judía es el nombre de todo el Libro de los Salmos (תהילים, *Tehilim*) al que llamamos, con el término de derivación griega, "Salmos" (ψάλμοι).

En la Biblia judía es el libro de las alabanzas al Señor, por lo que tiene y hace en favor de todos y cada uno de nosotros. Y, en verdad, para la salvación y la vida

nueva de toda la humanidad.

San Juan Crisóstomo al comentarlo afirma que cuando en el Padre nuestro decimos "*santificado sea tu nombre*", no estamos haciendo a Dios más santo de lo que es, sino que pedimos que sea santificado en nosotros, y lo es cuando imitamos su generosidad puesto que abre su mano y sacia de favores a todo viviente.

En él, el salmista, se da y todos nos unimos él para darle gracias y alabar al Señor por lo que tiene y hace por él, por mí, por ti, y también por las personas que se traen en el corazón. En resumen, por todos.

Por eso, el Salmo siempre elige términos que expresan su extensión universal: bendecir cada día; por los siglos de los siglos (vv. 1-2); el Señor digno de toda alabanza y de su grandeza sin fin (v. 3); cada generación lo transmite a la siguiente: ¡el regalo es para todos! (v. 4); por eso, yo también "*quiero meditar en tus maravillas*" (vv.5);...así hasta su final.

Los versículos 8-9 describen la calidad de la acción de Dios: misericordioso... bueno para todos. Esta regla se extiende a todas las criaturas a fin de que empape, no sólo la humanidad, sino toda la creación como escribe el Papa Francisco en su Encíclica "*Laudato Si*". A los que vacilan, Él sostiene y levanta a los que han caído" (v. 14). Por esta razón: "*Los ojos de todos te están aguardando, tú les das la comida a su tiempo; abres tú la mano, y sacias de favores a todo viviente*" (vv.15-16). El Señor es justo "*en todos sus caminos, es bondadoso en todas sus acciones*" (v. 17)... Así, la historia, se convierte en una constante alabanza, y quien domina esta ciencia es el Espíritu Santo como así se canta en el introito de la fiesta de Pentecostés.



En la fuente de agua viva

Catedral de Oviedo-Sancta Ovetensis

DOMINGO XVII "PER ANNUM" "B"



Un texto para guardar en la memoria del corazón

II libro de los Reyes 4, 42-44

En aquellos días, uno de Baal-Salisá vino a traer al profeta Eliseo el pan de las primicias, veinte panes de cebada y grano reciente en la alforja. Eliseo dijo:

—«Dáselos a la gente, que coman».

Eliseo insistió:

—«Dáselos a la gente, que coman. Porque así dice el Señor: Comerán y sobrará».

Juan 6, 1-15

En aquel tiempo... subió Jesús entonces a la montaña y se sentó allí con sus discípulos... al ver que acudía mucha gente, dice a Felipe:

—«¿Con qué compraremos panes para que coman éstos?». Uno de sus discípulos, Andrés, el hermano de Simón Pedro, le dice:

—«Aquí hay un muchacho que tiene cinco panes de cebada y un par de peces; pero, ¿qué es eso para tantos?». Jesús dijo:

—«Decid a la gente que se siente en el suelo».

Jesús tomó los panes, dijo la acción de gracias y los repartió a los que estaban sentados...

Jesús entonces, sabiendo que iban a llevárselo para proclamarlo rey, se retiró otra vez a la montaña él solo.